

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:
CENTRAL ADMINISTRADORA

DE
PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año I

Madrid, 9 de octubre de 1926

Núm. 2



PELIZCOS

Una mujer virtuosa es similar al premio gordo de Navidad: juegas (o lo que es lo mismo, te casas), y si te toca una aproximación te puedes dar con una oda en los incisivos.

Una lectora—guapa ella—ha oído hablar del salto de la trucha, y—por no sabemos qué analogías—del salto de la trucha ha pasado a interesarse por la pesca de la rana.

Es un tema muy interesante. Según unos, para la pesca de la rana basta con un bramante rojo. Según otros, son necesarios todos los flecos de un mantón de Manila.

Aunque lo segundo se ceñiría más a nuestra tradición, lo primero posiblemente resultará más económico.

De todas formas es un tema de altura. Sobre todo si se hace la pesca con caña.

Un gobernador ha multado a una Empresa de caballos por utilizar en una corrida uno que llevaba estopa en el vientre.

No creemos que la multa sea concretamente por el empleo de la estopa y no de otra cosa. Si el caballo hubiera llevado en el vientre, en vez de estopa, caramelos de los Alpes o actas de la

Asamblea de la Liga de las Naciones, el gobernador posiblemente habría impuesto la misma multa. Pero esto no pasa de ser una suposición nuestra. El empresario del servicio de caballos hará bien en no volver a confundir la estopa con las tripas.

Claro es que a estos caballos las tripas les sirven para bien poca cosa; pero no deja de ser una desilusión para los aficionados ver salir del vientre del caballo, tras la cornada, una maraña de algo desconocido. Eso constituye una novedad, pero es un engaño. No lo toleraríamos, aunque en vez de estopa salieran palomas mensajeras. Bastante nos engañan los toreros, para tolerar que, además, nos engañen los caballos.

Las tripas en su lugar y la estopa junto al fogón.

Diálogo con el pesimista antipatriota:
El otro.—¡Caramba! Me sigue doliendo el dedo.

El pesimista.—¿Tiene usted un dedo malo?

El otro.—Sí, el meñique de esta mano.

El pesimista.—¡Todo ha de ser pequeño en este país! Cuando a alguien le duele un dedo, no hay forma de que sea el dedo gordo.

Ahora están de moda los libros de Geografía: Viajes, descubrimientos, rutas inéditas, etc., etc.

Nosotros también preparamos un nuevo libro, aparte la novedad de las *Crónicas cafres* que nos enviará el señor Karaba.

Se trata de *El libro de las tierras que no pueden ser más vírgenes*.

Este número ha sido revisado por la censura.

Biblioteca Regional de Madrid

¿Hemos aludido al señor Karaba?

Ya verán ustedes lo divertido que se pone cuando se tropieza con el Carabao y con el Carabito.

Ella era una ansiosa.

Y decía siempre:

—No niego que esté bien la cocina francesa; pero no me acaba de llenar. La cocina francesa está bien para los entremeses; pero el plato fuerte, ¡ay!, el plato fuerte tiene que ser a la española.



¡Anda alerta por la vida! ¡Desconfía de la rasura que lleves puesta! No prestes dinero al sesenta; ni al sesenta ni a nadie. Y te repito que andes listo y que no te chupes el dedo... Sobre todo cuando salgas del cine con tu novia.

Atiende a lo que has de hacer en el caso de que os sorprenda el marido de tu amiga: si el marido es de los que tienen vergüenza y coraje, enséñale los talones; si es de los que vociferan sin acometer, enséñale los puños, y si es de los que a todo se acomodan mediando el dinero, enséñale un billete de cien... pero no se lo des.



LAS NOVIAS.

La mujer es una cosa con muslos que confecciona pañitos para las butacas de los gabinetes y que riñe a las domésticas pueblerinas y atolondradas.

La definición es somera y algo cáustica, pero más clara que la sopa de una fonda y de una realidad de veinticuatro céntimos.

Y esto, en la parte del cutis para fuera, porque en lo tocante al interior, las señoras son un jeroglífico de palabras cruzadas, o, lo que es lo mismo, un cúmulo de incongruencias; y el individuo soñador y desgraciado que intenta penetrar en este cúmulo, lo mejor que puede hacer es meterse en un saco de harpillera y rogar a un íntimo que le ate y que le arroje a un barranco profundo y bien situado.

Cuando se nos presenta ocasión de conocer a fondo estas rarezas de las tías es cuando cometemos la estupidez de decirle a una señorita adolescente que la queremos con ceguera y que si consiente en corresponder a nuestro amor nos va a hacer felices y dichosos; lo mismo que si se nos muriese un pariente en California y nos dejase diez y ocho mil pesetas en plata y un *smoking* en buen uso.

Y si la chica nos dice que sí y empezamos las relaciones y los paseos por las afueras de la población, estamos apañados.

Los primeros cinco días, eso sí, hay que reconocerlo, se pasan divinamente. El *guayabo* nos adula, acata nuestros gustos, nos promete muy formalmente querernos toda la vida y nos aprieta nuestras manos entre las suyas, lanzándonos unas miradas de amor infinito que nos enorgullecen y nos abochornan.

Al día sexto ya la damos un beso en la boca, y de cuando en cuando la rozamos un dedo por una cadera, cosa que a la señorita, por lo visto, no le importa mucho, porque hace caso omiso del parcheo y continúa diciéndonos que nos idolatra y que la luna es un astro blanquizo que parece hecho a propósito para que los enamorados se besuquen.

Siguen pasando los días, los besos se hacen más prolongados, en los escarceos se empieza a emplear toda la diestra, y, en vista del éxito que se obtiene, se nos ocurre pasar revista a esa cosa calurosa por la que los individuos de gustos equilibrados solemos estar de cabeza desde los ocho años para arriba.

Y entonces viene lo gordo.

La joven empieza a llorar; dice que es muy desgraciada, que no la quere-

mos y que su persona nos importa menos que en Almería se haya declarado una plaga de langosta.

Y nosotros, que somos unos ingenuos, retiramos el remo y disimulamos, diciendo que el objeto de haber llevado la mano a aquel lugar era espantar un saltamontes que se le había posado en el vestido gris perla. Y desde aquel instante no empleamos las manos más que para señalar los bonitos panoramas.

Pero, ¿para qué queremos más? A los dos días de permanecer educados y castos junto a ella, vuelve a decir que no la amamos y que somos de una frialdad de publicito segoviano.

—Caray, rica, es que como la otra tarde empezaste a llorar porque tuve un momento de arrebatado voluptuoso, he decidido no tocarte ni un padrastrito hasta que un clérigo valenciano bendiga nuestra unión con lazos indisolubles.

—Sí, Juanito, pero es que ya no me dices que me veneras.

—Es que yo, para decir esas idioteces, necesito accionar. Yo, si no acciono, soy hombre al Cantábrico—decimos estrechándonos junto a ella.

Y la joven también se estrecha, nos mira ruborosa y nos dice: "Tontuelo", con un tono que si no nos la comemos en aquel momento es porque la carne cruda nos da sopores.

Y como la adolescente recuesta la cabeza en una hombrera de nuestra americana y nos vuelve a decir que somos tontos, y como da la casualidad que por el paraje que paseamos no se vislumbra ni un heminóptero, no tenemos más remedio que llevar la mano otra vez a aquel sitio del vestido que tanto nos deleita y decirle, clavando nuestras niñas en las suyas:

—¿Para quién va a ser esto, bocadillo de anchoas?

Y ella contesta, poniendo una cara de felicidad que entontece:

—Para mi Juanito de mi corazón—y nos larga un mordisco.

Y ahora viene la incongruencia de las *gachís*, que dije al principio. Lo natural, después de esta escena que he abojetado, es que la señora riese de placer, que nos prometiese un amor eterno y que nos jurase que la gustábamos más que un juego de cacerolas. Esto es lo natural, lo lógico, lo que se debe hacer:

Muy pronto verán la luz las
"Memorias de Incógnitas"
Biblioteca Regional de Madrid

en estos casos y lo que nosotros haríamos si una señora, en un momento de delirio insano, nos acaricia hasta hacernos gritar de gozo.

Pero ellas no. Ellas empiezan después a sollozar y a repetir que no las queremos, como si el cariño tuviese algo que ver con el elemento con que se confeccionan los sombreros de verano.

Y lo malo es que esto dura hasta que, ya cansados, la damos una patada en los riñones, o hasta que cometemos la tontería de contraer con ella vínculos matrimoniales.

Porque, naturalmente, uno está ya en el secreto y no vuelve a hacer la primada de la otra vez.

Ahora empezamos el recorrido investigador y no paramos hasta que la joven dice palabras incoherentes entre alaridos de placer definitivo. Y luego, si llora, la hacemos el mismo caso que hacen las caballerías a los carreteros en las cuevas exageradas.

Pero esto no es nada.

Cuando verdaderamente se ponen insoportables es cuando las caricias se hacen a la inversa.

Entonces el caso es horrendo y peliagudo.

Después que la joven nos ha desvaqueado el alimento de cuatro días y nos deja en un estado en que solamente pensamos en la factura de la lavandera, empieza a llorar de nuevo y a decir otra vez que es muy desgraciada y que se va a meter en un convento de arrependidas.

Y como la situación no se presta a consolarlas en términos sentimentales, hay que echar el asunto a chacota y espetarla:

—Mira, salada, haz el favor de no desperdiciar pañuelos en enjugar tus lágrimas, porque los necesitamos para cosas más interesantes, y si seguimos dilapidando tanto en comprar estos utilísimos recortes de tela, no vamos a tener ni un real para cuando nos casemos.

Y en cuanto oye lo de la boda se pone muy contenta y quiere empezar de nuevo a actuar. Porque, todo hay que decirlo, la mujer, como el hombre, es un animal de costumbres, y la adolescente se ha acostumbrado de tal forma al solaz diario, que empezamos a quedarnos en los huesos lo mismo que los albaricoques cuando se mondan.

Y verdaderamente esto es lo bonito y lo único que nos hace felices en esta birria de baúl abarrotado de cafés de camareras.

No hay nada más agradable que dar un paseo al atardecer por ese camino de Puerta de Hierro y ver esas parejas de enamorados que constantemente se dicen ternezas al oído, con las manos entrelazadas por la ilusión.

¿Y qué? ¿Que después no se pueda pasar por los mismos sitios en que aquellas parejas estaban porque no hace uno más que resbalarse?

¡Pues bueno! Se compran unos patines, y a otra cosa, mariposa.

¡De no ser así, apañados estaban los confeccionadores de reconstituyentes!

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



UN HOROSCOPO QUE "SE LAS TRAE", por Demetrio.

—Las rayas de tu mano dicen que vas a tener seis hijos.

—¿Del mismo marido?

—Eso no sé. Del mismo apellido por lo menos.

Biblioteca Regional de Madrid

Comentarios de un demente

La semana de bondad

¡Magnífico! Por fin empieza a írseme la razón. ¿Se han enterado ustedes que desde el día 1 al 7 de los que corren se ha celebrado en toda España la "Semana de la Bondad"? ¿No han visto ustedes en los periódicos gráficos y en los diarios sendas fotografías de señores, señoras y señoritas congrega-

das en actos conmemorativos de tan señalado acontecimiento?...

¡La semana de la bondad! Siento estar recluido en el manicomio, porque la hubiera celebrado dignamente.

Patrocinada por la Federación de Sociedades protectoras de animales y plantas, no tenía, al parecer, la fiesta otros

finés que los de ser bondadosos de viernes a viernes, y por una sola vez con los bichos y con las flores. Pienso que todo se andará, y que en próximas efemérides se habrá de extender la tutela a los bípedos implumes y a las plantas de utilidad pública, tales que la brecolera y los espárragos. Tengo ideas propias acerca de la bondad como norma de conducta. Esta Semana de Bondad ha sido, por lo que veo, semana perdida. Entre los festejos realizados encuentro la nota de un banquete con "menú" que habla poco en favor de los altruistas organizadores. Devoraron exquisitas ensaladas y se comieron cada po-



ANTE EL CUARTO DE BAÑO

La doncellita.—¡Caray con el señorito, qué juguetón es! Ahí le tiene usted haciendo el submarino en el agua.

Biblioteca Regional de Madrid

Dib. de Bluff.

llastre y cada filete de ternera que daba espanto. ¡Absurdo, definitivamente absurdo! A mi juicio—a este buen juicio mío que me niegan los psiquiatras—, estos conciudadanos altruistas han debido limitarse, durante los siete días, a nutrirse de almejas y de percebes. Con las almejas y con los percebes no tienen nada que ver, en el orden de las relaciones sociales, los demás seres de las escalas zoológicas. Ni he conseguido hacerlos caminar ni me ha sido posible, jamás, averiguar si cuando me los como están vivos o han muerto. Y tampoco encuentro antecedentes que me demuestren que son propicios a dejarse domesticar, detalle que, en los tiempos que corren, es señal de carecer de voluntad y de inteligencia. Pero voy más lejos. Una “Semana de Bondad” bien organizada y útil como enseñanza para lo venidero ha debido extender su radio de acción a otro sin fin de facetas interesantísimas. Durante su decurso se han debido prohibir los estrenos en los teatros, las broncas en los toros, las tertulias literarias en los cafés—¡oh, ese Savoia y esa Granja!—, los crímenes pasionales, los artículos de fondo en los periódicos, las comunicaciones telefónicas, los banquetes a tanta ilustre personalidad, la circulación del cuproníquel, las transmisiones de la radio, el mandamiento que nos veda desear la esposa de nuestro prójimo, las representaciones de *Las mujeres de Lacuesta* y los concursos de *L*

canastera al aire libre. Podrá parecer banal este programa a los espíritus superficiales; pero yo invito a los que se creen cuerdos y sesudos a reflexionar sobre él. Si vamos a ser bondadosos, seámoslo de una vez y sin boberías.

Al menos durante una semana al año debe prevalecer el mandamiento divino de “Amaos los unos a los otros”, sobre el precepto de igual procedencia, pero contradictorio, que nos limita el derecho de exclamar al paso de la mujer de Gutiérrez: “¡Qué suerte tienen algunos idiotas!...”

Esta gran semana que yo imagino y de la que es vil caricatura la que acaba de transcurrir entre la indiferencia y el desconocimiento generales, tendría un éxito sólo comparable al de la muerte y las pasiones de Rodolfo Valentino, el “hombre más guapo del mundo”, después del decadente Don Magnífico.

¿No habéis leído que las enamoradas de aquel “as” de la pantalla han tenido que recurrir al zumo de cebolla y a los olores fuertes para provocar el llanto ante el féretro del exquisito? Y es que nos hemos tornado secos de corazón, que la bondad es una palabra sin sentido, que por mucho que haga la benemérita Federación de Sociedades protectoras de animales y plantas, la humanidad se mira de reojo y huele a tortas desde Alcázar de San Juan a San Juan de las Abadesas. Bueno, lo que se dice bueno, queda poco; si acaso, si acaso,

Manolo Bueno, Javierito Bueno, el tiempo—¡qué veranito!, ¿eh?—y hasta media docena de señoras. Lo demás, una pena. ¡La Semana de Bondad! Señoras que la patrocinasteis: ¡Me pongo a vuestras plantas!

LEOPOLDO BEJARANO



DEMASIADO VEHEMENTE, por Picó.
—Decididamente, no sirvo para cocota. Este verano he estado en Portugal y ¡qué hombres más guapos! Al poco me quedo en Cintra...



—¡Quién me iba a decir a mí cuando estaba de segunda doncella que iba a estar ahora de primera!

Dib. de Herreros.

Biblioteca Regional de Madrid

A la hora de entrar este número en máquina no ha notado mejoría nuestro amigo Demetrio, que desde el domingo padece una fuerte congestión pulmonar.

Hacemos votos por su pronto restablecimiento.

Charlas de Incórdiez

¡Qué exitazo!



¡Así como suena; un exitazo de tres pares de tortillas! Pretendo haberles hecho comprender que me refiero al éxito del primer número de COSQUILLAS. ¿Comprendido? Gracias, y perdonen que no les dé más que gracias; pero me he vuelto de una parquedad de usurero.

El número ha sido recibido por el público con un cariño que quisiéramos llegar a merecer, y que estamos dispuestos a ganar, cueste el esfuerzo que cueste.

Pero quiero hablarles de algo que me sucedió el domingo, que es una paradoja como mi cabeza, o es que en mi desequilibrio llego a aberraciones de demencia, en la que mi ética es una meretriz de panecillo y boquerón.

En muchas ocasiones de mi vida, y cuando he discutido puntos de vista con otros hombres, ha habido momentos en que no he sabido a punto fijo si el sinvergüenza era yo. Luego, después, cuando me he enterado que la amistad, el honor y otros muebles de lujo se pueden adquirir a plazos, me he tranquilizado y he procedido conforme a mi impulso del momento. Pero lo que me sucedió el sábado me sume en el mar negro de la duda, en el que estoy buceando. La cosa pasó así:

Yo hacía el recorrido por el centro de Madrid, pasando revista a los treinta voceadores que el administrador de COSQUILLAS había distribuido estratégicamente en los lugares de choque. Casi todos estos heraldos de nuestra fama se portaron como verdaderos Prados-Tellos. Alguno que otro de estos voceadores de nuestro primer número se negaba a decir que tenía COSQUILLAS; pero yo lo atribuía a seriedad nativa.

Cuando más satisfecho caminaba yo por la Carrera de San Jerónimo, casi olvidado del fausto día, para poner mi atención y mis ojuelos en los encantos de las mujeres que por allí pasaban, entre las que las había como para chuparse los antebrazos, de pronto veo que delante de mí, pimpantes y enloqueecedoras, dos magníficas hijas de mi alma, caminaban recreándose en la lectura de un naciente retoño... ¡Retoño, y qué

volquetazo me dió la víscera cardíaca! Alineado de jovialidad y agradecimiento, sentí un empujón de inenarrable dicha, y corrí dispuesto a revolcarme por el pavimento ante aquellas dos miniaturas de tamaño personal que me hacían la merced de recrear sus ojos en mi vera efigie y en encontrarme más guapo que de común con el nuevo traje que mi creador se había servido tocarme; pero... ¡oh, la fiera carnívora que los humanos deleznablemos llevamos alerta en la garita de nuestro deseo!

¿Qué pasaba por mí? ¿Qué torvas negruras ponían visos de traición en mi

agradecimiento a aquellas muchachas? Sentía por ellas la más pura gratitud; de eso no cabía la duda por el menor resquicio; pero a la par que agradecimiento y ternura por haberlas sorprendido celebrando mi periódico y mi efigie, empezó a nacer en mi interior izquierda el *simoun* de la lascivia. Total, y a ver si me explico: Que yo, que deseaba para ellas todos los bienes de la tierra, en un incomprensible deseo, las quería perjudicar a todo trapo.

Vuestro hasta el último colapso,

INCÓRDIEZ



L ENCISO

—Vengo a pedirte un favor, porque pienso marcharme unos días a ver a mi Abelardo.

—Pero, ¿y el viejo?

—A eso vengo: A rogarte que me lo entretengas.

—¡Ay, hija; yo no soy como tú! Yo no estoy dispuesta a volver a la lactancia.

Dib. de Enciso.

Otra carta abierta de Benlliure

Carta abierta

Mi selecto amigo Incórdiez: Sigo sin dar con un título para esta sección, que realmente me satisfaga; por eso vuelvo en esta semana a cultivar el género epistolar. Yo quisiera que usted me echase una mano. Usted, que con tanta facilidad encuentra cosas muchísimo más difíciles, creo que podía, sin la menor dificultad, hallarme un título sugerente y novedoso para mi sección. En fin, en usted confío; y ya que me he puesto a escribir esta carta, y que hace mucho tiempo que no tengo el gusto de verle, voy a aprovechar para extenderme un poco en amistosa charla sobre asuntos que a ambos nos interesan.

No le puedo dar mi modesto juicio sobre el primer número de COSQUILLAS porque sólo podría exponer los reparos que se me ocurriesen y no los

elogios. Quédese eso de bombearse entre los de casa para esos grandes rotativos en que escriben los genios, los superhombres, los infalibles; nosotros, hombres de la calle, del vulgo, hagamos nuestra modesta labor lo mejor que podamos y dejemos a los demás el trabajo de juzgarla. ¿No le parece? El cambio de piropos sólo está bien entre amantes: ¿el novio le dice a la novia rica?, pues la novia le dice rico; ¿el novio le dice a la novia guapísima?, pues la novia le dice guapísimo; ¿el novio le hace a la novia ésto?, pues la novia le hace lo otro... En fin, no sé si me explico; si fuera lícito me explicaría por cifras, por números; pero lo que quiero decir es que estos intercambios de acatamientos y pleitesías—tú te inclinas ante mí y yo me inclino ante ti—sólo se conciben entre hombre y mujer, mas de ningún modo entre dos tíos, por muy genios que sean.

Y vamos a otra cosa:

He recibido una carta, querido Incórdiez, en que un amigo mío me pide que le recomiende a usted para ver si puede encontrarle una madrina de guerra. ¿Se creará usted que se trata de un legionario, que suspira por un amor bajo las inclemencias del sol africano? Pues no, señor; se trata de un respetable *ricio* que se consume de aburrimiento en una vieja y adusta provincia española. Dice el pobre que en su provincia no hay nada; que sólo ve beatas viejas y sucias, que vive en una paz desesperante, y que, como lo que él desea es que le den guerra, que no le dejen ni un momento en paz, para que así no se le apague el fuego de su segunda y última juventud, ha creído que nada mejor para el caso que una madrina de guerra.

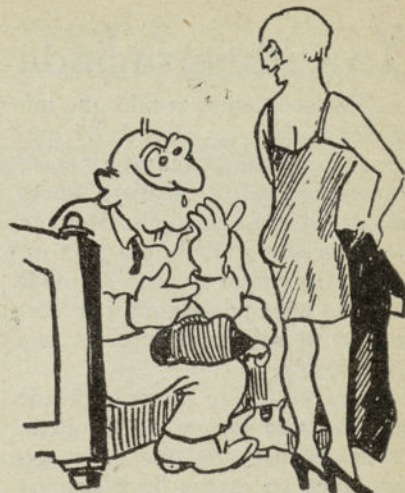
No sé si habré acertado en la respuesta; pero tenga usted la seguridad que la ha dictado la buena amistad que le profeso.

También he recibido una carta de una cupletista que está más allá de la frontera—y también, ¡ay!, más allá de la menopausia—, en que me hace un encargo importante para usted; pero como ya se prolonga demasiado mi epístola, dejaremos el asunto para mejor ocasión. Su buen amigo,

MARIANO BENLLIURE Y TUERO

Hemos decretado que nuestro Almanaque sea el único. Váyanse ustedes apretando para reír.

Biblioteca Regional de Madrid



—Yo lo que te digo es que mataría a mi mujer si supiese que era cariñosa para otro hombre.

—Pues tu mujer tiene un amante.
—Pero le da peor vida que a mí.

Dib. de Bellón.

Nonadas

EN EL PASEO

—Qué trajes más espirituales y chicle lleva siempre Fifita. Debe tener un modisto de sumo gusto. ¿Quién la viste?

—El marqués de Tres Fuentes.

EN EL ENTREACTO

—¿Quién es aquel que está en el palco de la marquesa?

—Es ese príncipe escandinavo que ha venido a Madrid hace tres meses a no sé qué Embajada.

—¡Ah! ¿Es el príncipe Corinto? Pues ya le ha caído "tostón" a la pobre marquesa; es un ente que no hace más que meterse en camisa de once varas...

—No lo creas... Las de la marquesa tienen a lo sumo una...

EN CASA DEL DUQUE H

—Duque, he comprado tres potros magníficos, que van a ser la envidia de todo Madrid. Son tres potros cañón. Le invito a usted y a la duquesa a probarlos mañana. Podemos dar un paseo por el Retiro... ¿Aceptado?

—Lo siento mucho, mi querido amigo; pero rechazo la invitación; ya le habrá dicho mi mujer que hace mucho tiempo que no monto...

EN LA CARRERA

—Oiga usted, monada de Seores, no corra usted tanto, que voy a proponerle un negocio: En mi casa está haciendo falta una mujercita de sus condiciones que me lave la ropa y la cosa...



Herreros 26

—Todo lo mío le gusta a mi novio... Mi cara, mis manos, mi voz, mi...

—Y a ti, ¿qué te gusta de él?

—¿A mí? ¡Su buen gusto!

Dib. de Herreros.

Una desgraciada

—Siempre hemos tenido que mirar con cuidado las uñas de las mujeres. ¿Para qué lo vamos a negar? Reconózcalo usted, caballero, ahora que ella no está. De algún tiempo a esta parte ese cuidado era más escrupuloso, porque se puso de moda llevar las uñas puntiagudas, en forma que su sola presencia era casi una agresión.

Y hay un amigo nuestro, casado con una dama esclava de los dictados del buen gusto, que no se explica cómo su esposa lleva siempre las uñas destrozadas y comidas, lo mismo que si se tratara de un niño mal educado o hambriento.

—Pero ¿qué haces tú con las uñas?—pregunta el marido a su excelentísima cónyuge.

—¿Te las mordisqueas?

—¡Puah! ¡Qué asco! Me las rompo, no sé cómo.

—Pues es un encanto.

—¿Bien que lo siento!

—Fíjate en Mercedes. Lleva unas manos...

—¡Ya, ya! Se las cuida mucho. Después de todo, ¡las emplea con tanta frecuencia!... Ya sabes que es muy aficionada al cine.

—No será por eso por lo que se las cuida, pues en la obscuridad no se ven.

—No es porque se vean. Es por agradecimiento.

—El caso es que lleva unas manos preciosas. Las uñas, rosadas; la cutícula, limpia, y el corte, con la punta en el centro, perfectamente triangular.

Estos diálogos son frecuentes; pero ella no logra conservar las uñas de sus manos—¡tan lindas!—. Y no es que no le importe. Al contrario: aunque se encoja de hombros, la desespera no poder presentar sus manos, que son tan bellas, con unas extremidades perfectas. ¿Pero qué ha de hacer la pobre?

Acabamos de descubrir el secreto de esta desgracia.

Ella (nuestra amiga) se lo ha dicho confidencialmente a Mercedes.

—¡Hija, perdona que te lo diga! Llevas unas uñas que desentonan. No se pueden presentar unas manos así. Y menos una mujer elegante como tú. Necesitas evitar eso.

—Lo comprendo, querida. Esto mismo me lo he dicho un millón de veces. Me lo dice todo el mundo. Mi marido me lo ha advertido ya en diversas ocasiones. Y él también me lo ha dicho. Es una desesperación. Quisiera evitarlo, pero no puedo.

—¡Oh! ¡Por Dios! No es tan engorroso. Es una ocupación muy sencilla. Yo no voy a la manicura. Verás: un palito de naranjo...

—No. No me lo expliques. Lo sé. Lo sé perfectamente. Y lo hago. A veces me estoy una hora; pero todo lo que trabajo en esos sesenta minutos lo echo a perder en un segundo... No se trata de no cuidarme...

—Entonces... ¿qué haces?

Ella ha bajado la voz y confidencialmente dice:

—Es una costumbre que no puedo evitar. Cuando estoy a gusto, ¿comprendes?, siempre que me veo con él, hay momentos en los que me pongo muy nerviosa...

—Yo también en situaciones semejantes, pero no comprendo...

—Verás. Es que yo tengo la más linda costumbre de cada vez que me desvanezco, ¿sabes?, hacer una raya con la uña en la pared.

—¡Ah!

—Y. hay días que hago quince rayas.

—Ahora comprendo cómo te quedas sin uñas.

—¡Y si vieras cómo pongo las paredes!

JOSÉ VENEGAS

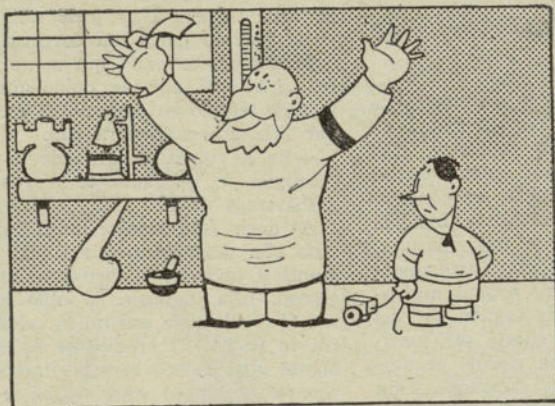


—Estoy dudando entre Paquito y el viejo marqués; porque el marqués me hace regalos pignoraes, y lo que me puede dar Paquito no lo toman en las casas de préstamos...

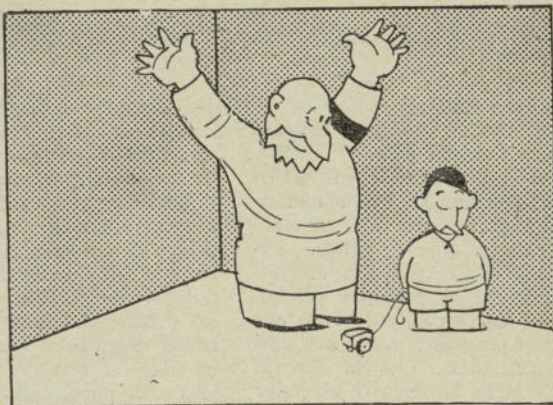
Dib. de Herreros.

Biblioteca Regional de Madrid

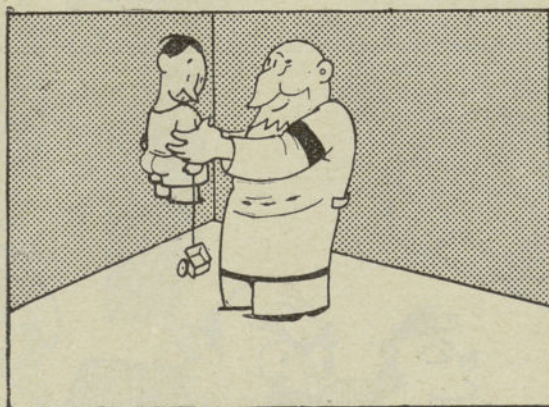
El descubrimiento, por Mihura



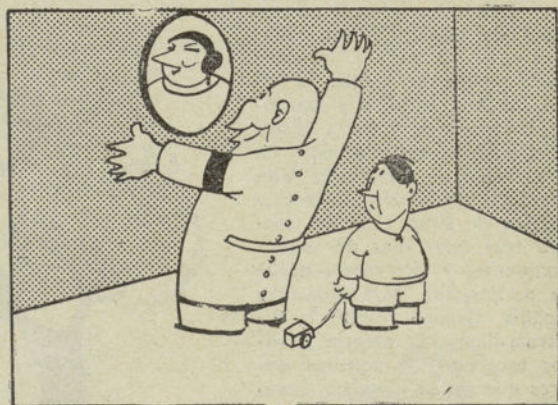
—¡Gracias, Criador del cielo y de la tierra! Por fin descubrí el anhelado elixir... ¡Gracias a mis trabajos los niños, desde su más tierna infancia, tendrán los mismos conocimientos que los padres!...



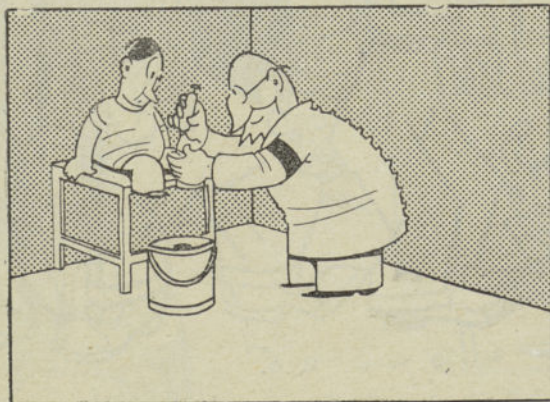
... Inyectándole a los niños mi precioso preparado los susodichos no tendrán que estudiar. Sabrán igual que sabían sus padres a costa de esfuerzos y sinsabores...



... Tú, por ejemplo, hijo mío, harás sin ningún esfuerzo lo mismo que tu padre hace... Serás un químico famoso e inteligente...



...¡Ah, mujercita mía, que en paz descanses: tú, que tenías la manía de que nuestro hijo no llegaría a nada, lo mismo que tenías la manía de hacerte servir el café por un camarero del "bar" de abajo; tú, gran maniática, verás a lo que llegamos!...



... ¡Qué emoción siento al hacer la prueba! Pero qué emoción sentiré luego al ver a mi niño hacer lo mismo que su padre...



Y, efectivamente, el descubrimiento surtió efecto. Pero el niño no hacía más que ejecutar unas cosas, con tal perfección, que al gran químico ya le empezaban a poner en cuidado...

M. HURA X XUB.

Cuentos
al oído

Panchito

Adela de Avendaño prendóse de un negro, llamado Panchito, que figuraba en el *jazz-band* de un *palace*. Tratábase de un buen mozo, en cuyos labios gruesos anidaba una sugestiva lubricidad, mientras que en sus ojos parecían reflejarse dulces paisajes de égloga africana, navidades de crepúsculos aterciopelados y dulzuras de primitivo candor. La mezcla de ingenuidad y de vicio que emanaba de su persona lo hacía aún más apetitoso para Adela. Cuando ella lo veía como sumido en éxtasis al sonar estrepitoso de su música salvaje, perdidas las pupilas en una visión lejana, trémulo el soberbio torso y danzarinas las musculosas piernas, tenía que hacer grandes esfuerzos para no saltar a su cuello y hundir la boquita de rosa dentro de sus labios anchos y sensuales.

Adela estaba casada con don Remigio Henestrosa; Don Remigio la llevaba diez años de edad. Era un notable erudito, y a menudo se olvidaba de su mujer, porque se pasaba la vida hojeando libratos, folios y manuscritos. Por la época de nuestra historia, don Remigio hubo de emprender un viaje a un convento de Castilla la Vieja, donde se decía que habían aparecido unos autógrafos de Fray Luis de Granada. Adela, tras unos días de vacilación, no pudo más, y citó cierta noche en su casa a Panchito para solazarse en su compañía. Grande resultó la diversión, extraordinaria la alegría y admirables los escarceos de aquellos dos seres dispares que así se juntaban, como se junta la noche tenebrosa y el día claro en la linde melancólica del atardecer. Adela creíase poseída por un amable demonio, que se plegaba a todos sus caprichos, y el negro torturaba azucenas, maceraba lirios y besaba alabastros en aquel divino cuerpo de mujer.

Cuando mayor era el entusiasmo de los dos, alguien llamó a la puerta de la casa. El marido llegaba inopinadamente, como llegan siempre los maridos: con una inoportunidad lamentable. Adela y el negro se azoraron. Don Remigio era un celoso terrible. ¡Ay de ellos, si los sorprendía en aquel estado! Los mataría. ¿Qué hacer?... Panchito, desnudo en medio de la estancia, caídos los brazos y tembloroso el cuerpo, parecía dispuesto a esperar pasivamente la muerte. Adela tuvo de súbito una inspiración.

—¡Esto puede salvarnos!—exclamó.

Y, empujando a Panchito, lo llevó a un rincón, le hizo subir sobre un taburete y le obligó a tomar la actitud de una estatua.

El negro, mediante un sobrehumano esfuerzo, logró dejar de castañetear los dientes. Bajo los crespos cabellos le corría un sudorcillo de agonía.

A los pocos instantes entró don Remigio. Era éste menudillo y nervioso,

Un cerdoso bigote de guías huídas le comía casi el rostro con la ayuda de unas gafas de concha, redondas, tras de las que chispeaban sus ojuelos verdes y desasosegados. Saludó a su cónyuge con un ósculo de hielo. Adela, hundida dentro de las holandas del lecho hasta la barbilla, sólo mostraba el rostro apicorado, donde brillaban sus pupilas medrosas e inquietas, mientras vagaba por sus labios una mueca que quería ser sonrisa. Bajo el edredón, su cuerpo se agitaba con imperceptibles sacudidas. Don Remigio explicó a su mujer las causas de su inesperado regreso: los autógrafos de Fray Luis de Granada habíanse convertido en las cartas insustanciales de un indigesto teólogo del siglo XVI. ¿Para qué detenerse más en aquel poblacho castellano?

En una de sus idas y venidas por la

estancia, don Remigio hubo de ver a Panchito.

—¡Caramba!—exclamó—. ¿Qué quiere decir eso?

—Es un capricho de tu mujercita—le contestó Adela, trémula—. Te lo ocultaba hace tiempo. Hoy pude satisfacerlo, y he querido darte esa sorpresa.

—Pues te confesaré que no es muy de mi agrado. Y, además, opino que si hemos de tenerlo en casa, no es éste el lugar más adecuado para ello.

—Ya lo colocaremos donde te agrade, Remigio. Y, si tanto te disgusta, nos desharemos de él.

Al decir esto sentóse en el lecho. Su seno aún descubierto y sus mal velados hombros tuvieron la virtud de atraer al esposo. Ella, taimada, le echó los brazos al cuello y le estrujó la cabeza contra su pecho. El erudito se enderezó el bigote y se colocó bien las torcidas antiparras, un poco embriagado de deseo.

—Nos desharemos de él—insistió Adela.

—¿Para qué, hijita?... Si es tu gusto, bastará con que lo traslades a otro sitio. ¿Te costó mucho?

—Sesenta pesetas. Es de ocasión.

—Y de escayola, ¿verdad?

—No. Es de bronce.



El padre de ella.—¡O tenéis descendencia o tú verás cómo te las arreglas para hacerme abuelo!

El joven marido.—¡Pero por Dios, papá; ten en cuenta que todos mis amigos íntimos están fuera de Madrid!

Dib. de Bellón.

—¡Caramba! Entonces se trata de una panga.

Don Remigio acercóse a Panchito. Este, bien afianzados los pies sobre el taburete, pegado un brazo a la cadera y empujando el otro como si sostuviese una

antorcha, clavaba la mirada empavorecida en el techo. Adela abandonó la cama, pálida, trémula, anhelante. La estancia, en discreta penumbra, disimulaba su emoción. El erudito estuvo contemplando un rato al negro.

—No está mal modelado—decía—. Tiene muy buenas formas. ¡Qué brío, qué ímpetu el suyo! ¡Muy bien! es un animal perfecto. Nada de pensamiento. Sólo la belleza material del músculo.

Todavía se aproximó más a la "estatua".

—Veamos cómo suena, hijita—añadió dando a Panchito un papirotazo en la cadera siniestra.

Adela se puso cadavérica; pero el negro tuvo entonces una ocurrencia genial. Endulzó cuanto pudo su voz y contestó al papirotazo con un "¡tin!", digno del bronce más auténtico. Don Remigio, sin embargo, no se quedó satisfecho.

—Tiene un timbre algo raro—dijo—. Parece como si estuviese cascado... Insistamos a ver...

Hubo otro papirotazo del erudito.

—¡Tin!—replicó el negro en el colmo de la angustia.

—Ahora ha sonado mejor. Eran aprensiones mías, sin duda...

Adela, para evitar que siguieran las investigaciones de su esposo, se lo llevó mimosa hacia el lecho. Su voz comenzó a arrullar; sus besos se iniciaron pausados, lentísimos, inacabables. Insinuóse algún suspiro... Panchito, en tanto, pasado el primer ímpetu del peligro, no pudo escuchar todo aquello en sosiego. El deseo, lancinante, despertóse de nue-

vo en él. Era algo más poderoso que su voluntad. De pronto oyó decir al erudito:

—Espera, mujercita, espera un poco... Voy a colgar esto... Con la prisa de saludarte, ni siquiera me acordé de quitarme el sombrero.

Don Remigio salió al centro de la estancia con el sombrero en la mano. Entonces algo llamó vivamente su atención en el cuerpo de Panchito, porque exclamó riendo a carcajadas:

—¡Diantre, hijita! No me habías dicho que este endiablado negro tuviese una *percha*. ¡Qué a punto para mi sombrero! ¡Ajajá!...

Colocó en ella su "borsalino" y, volviéndose al lecho, comenzó a disertar:

—Lo admirable de ciertos escultores primitivos—y el creador de este negro ha debido imitarlos—fué, Adela mía, el sentido que poseyeron de lo bufo, de lo grotesco y de lo humorístico por ley de contraste con la expresión de la belleza máxima. Basta ver para convencerse cómo se codean en nuestras catedrales las imágenes de los santos con las figuras más desvergonzadas... Sin ir más lejos, las mismas gárgolas de la colegiata de...

Panchito, mientras, muy quedo, sentóse en el taburete. Sabía de sobra lo que es un erudito puesto a discursar. Su *percha*—¡caso asombroso!—fué desapareciendo poco a poco, como por arte de magia. Y el sombrero del disertante hubo, al fin, de caer en el suelo...

JOSÉ A. LUENGO



Gallardo
xxvi

—¿Y dices que se lo has comprado a esa modista que admira tanto tu belleza?
—La misma. Así es que me ha costado el traje... una porquería.

PROFECIA, por Picó.
—¡Ay, tontona! Veo que te gustan mucho los perros. Acabarás siendo una arrastrada el día menos pensado.

Dib. de Gallardo.

Historietas para el te

El ejemplo

A Purita, una linda y deliciosa rubia, de diez y seis otoños, acaban de ponerla de largo, y la muchacha anda algo confusa para poder discernir la diferencia que existe entre ir de corto o de largo, pues antes, cuando aun no le habían dado patente de persona mayor, llevaba una faldita cuyo borde apenas si le hacía cosquillas un poco más abajo de las rótulas, y ahora, desde que ha prosperado, las cosquillas las sienten más arriba..., efecto de que la nueva falda se queda cuatro dedos por lo alto de las choquezuelas.

Claro es que su mamá, antes de darle suelta oficial, se ha permitido darle un sapientísimo consejo muy utilísimo a todas las muchachas solteras, y que nosotros haríamos extensivo a alguna casada:

—Mira, Purita—le ha aconsejado muy grave la traductora y adaptadora de sus diez y seis febreros—, he de advertirte que al entrar en tu nueva vida de mujercita seria debes comportarte en ella con mesura y desconfianza. Ten por entendido que la juventud de hoy es muy alocada y está expuesta a dilatados tropiezos. Huye de las malas compañías, huye de los palcos de los cines y huye de un “¡pero qué manos más lindas tiene usted!”, dicho

por un pollo pera en cualquier paseo de la Moncloa al oscurecer, porque te expones a perder el pie... y la mano... Mira que te hablo por experiencia... Tú sigue el ejemplo de tu hermana Inés, tan formal, tan honesta, tan recatada y juiciosa...



—Estás muy elegante.
—Es usted muy galante. Como dijo Camoamor, “todo es según el color...”.
—Y veo además que te sigue gustando hacer citas.

Dib. de Bellón.



Demetrio

—¡Dios mío, que no esté picardeado!

Dib. de Demetrio.

Con que hagas lo que ella me dará por muy satisfecha.

La otra tarde doña Eduvigis, la mamá de Purita, regresó del paseo mucho antes de la hora que tenía por costumbre. Esperaba una visita...
Biblioteca Regional de Madrid



—¿Sabes que Apolinar ha ingresado en filas? Le han destinado a Sanidad Militar.

—Lo merece, porque Apolinar es un santo.

—¿Un santo?

—¡Claro! Es ¡San-Itario!

(Se suplica tengan en cuenta que el autor es huérfano de madre; ¡respétenla!)

ta de cumplido, y no podía rehusar recibirla a tales horas. Al dirigirse a su cuarto para cambiarse de ropa tuvo que pasar ante la habitación de Purita, a la que creía ausente, y un ruido raro e intempestivo la obligó a detenerse alarmada junto a la puerta.

Del interior llegaba a sus oídos un rumor extraño, no exento de cierta graciosa armonía. Diríase que algo similar al dulce vibrar de una flauta tañida en tono menor y suavísimo desgranaba un concierto *di musica di camera*. Como colofón oyó una voz apagada, pero de tono masculino, que decía:

—¡Ladrona! ¡Chata! ¡Si te viese el maestro Villa!...

Doña Eduvigis no quiso oír más. Dando un recio empellón a la puerta se plantó hecha un dragón en mitad del cuarto.

Purita, más encendida que el teatro de Apolo en día de gala, se refugió tras el piano en actitud expectante, mientras su compañero, un efebo mancebo, hijo de un amigo de la casa y amigo de lo apetitoso, apenas si pudo alcanzar un biombo y atrincherarse tras él, tomándolo como cuarto de transformación.

—¡Sinvergüenza!... ¡Mala hija!... ¿Qué es lo que hacías ahí con ese mamarracho?

Y Purita, con voz entrecortada por la sorpresa y el rubor, exclamó bajando los ojos:

—Nada, mamá; seguir tu consejo... Estaba haciendo... ¡lo mismo que hace mi hermana Inés!...

FIDEL PRADO



DEL MADRID CASTIZO, por Bellón.

Ella.—¡Bueno, niños; a ver si os gusto un poquito menos, porque es que me ponéis a caldo!

Incórdiez, de boda

Adorables lectoras: Me veo obligado a confesaros con pena que nos gozamos un director que es una plasta con gafas. Y además de confesaros el descubrimiento voy a relataros, en nombre de mis compañeros, la porquería que acaba de hacernos para ponernos en ridículo:

Sabréis que el pasado domingo se casó Pepita. Pepita es una buena amiga nuestra, tan cariñosa y servicial, que de puro buenaza podríamos aplicarle como un indiscutible elogio la célebre copla de *La Dolores*. Es una amiga de esas que, como dice el vulgo en son de alabanza, "es capaz de quedarse en cueros con tal de favorecer a quien se lo pida".

Pues bien; Pepita se ha casado el pasado domingo con un buen muchacho de Cogolludo, y, como era natural, nos ha convidado a la boda.

La Redacción en pleno—una cosa lógica—, ante la gentil invitación, hizo un arqueo de lomo y de bolsillo e hizo "la jarrita" para contribuir al obligado regalo a la interfecta.

Como la cantidad recaudada fué de una modestia de segunda tiple—quince beatas, pese al duro de nuestro director, que, ¡eso sí!, se mostró espléndido en la cotización—surgió el problema del empleo de tan fuerte suma en un regalo que *pareciese y no fuese*.

Los más diversos pareceres surgieron en el cónclave. Picó siempre el galante voto por el consabido ramo de azahar, cosa que se rechazó de común acuerdo por un recuerdo común. Luque opinó que, tratándose de una muchacha guapa, debía regalársele unas lindas ligas con una inscripción al realce que dijese: "A la Pepita rica..." En fin, que no hubo forma de ponernos de acuerdo.

Pero al cabo nuestro pimpante director puso punta a la discusión con un razonamiento, que mucho nos tememos fuese fusilado de algún drama extranjero:

—Señores—dijo—: Lo mejor es que me encarguen ustedes a mí de eso. Yo me lanzaré a la calle, recorriendo todos los establecimientos del ramo, y aquello que encuentre más apropiado a tono con el capital y el caso, pues aquéllo le regalamos.

Se le dieron varios votos de gracias, se le dieron las quince pesetas y se le dieron encargos cariñosos para la interesada, ya que él había de asistir al enlace en nombre de todos.

El domingo por la mañana, a la hora

justa en que debía celebrarse el enlace de Pepita con el joven *guadalajareño*, nos encontramos a Incórdiez paseándose olímpicamente por el Retiro, martirizando a una vistosa jamona.

—Pero ¿cómo usted aquí?—le preguntamos.—¿Y la boda de Pepita?...

Incórdiez nos replica misteriosamente:

—No he ido, francamente, porque he considerado mi presencia perjudicial para Pepita. El futuro está algo mosqueado, sé que ha dicho que esa amistad de ella con nosotros le huele a cuerno quemado, y he preferido abstenerme para evitar a la chica un disgusto.

—Bueno, pero ¿y el regalo?

—¡Oh!, de eso, ni preocuparse; he quedado como los buenos.

Y desapareció tras la jamona sin querer ser más explícito.

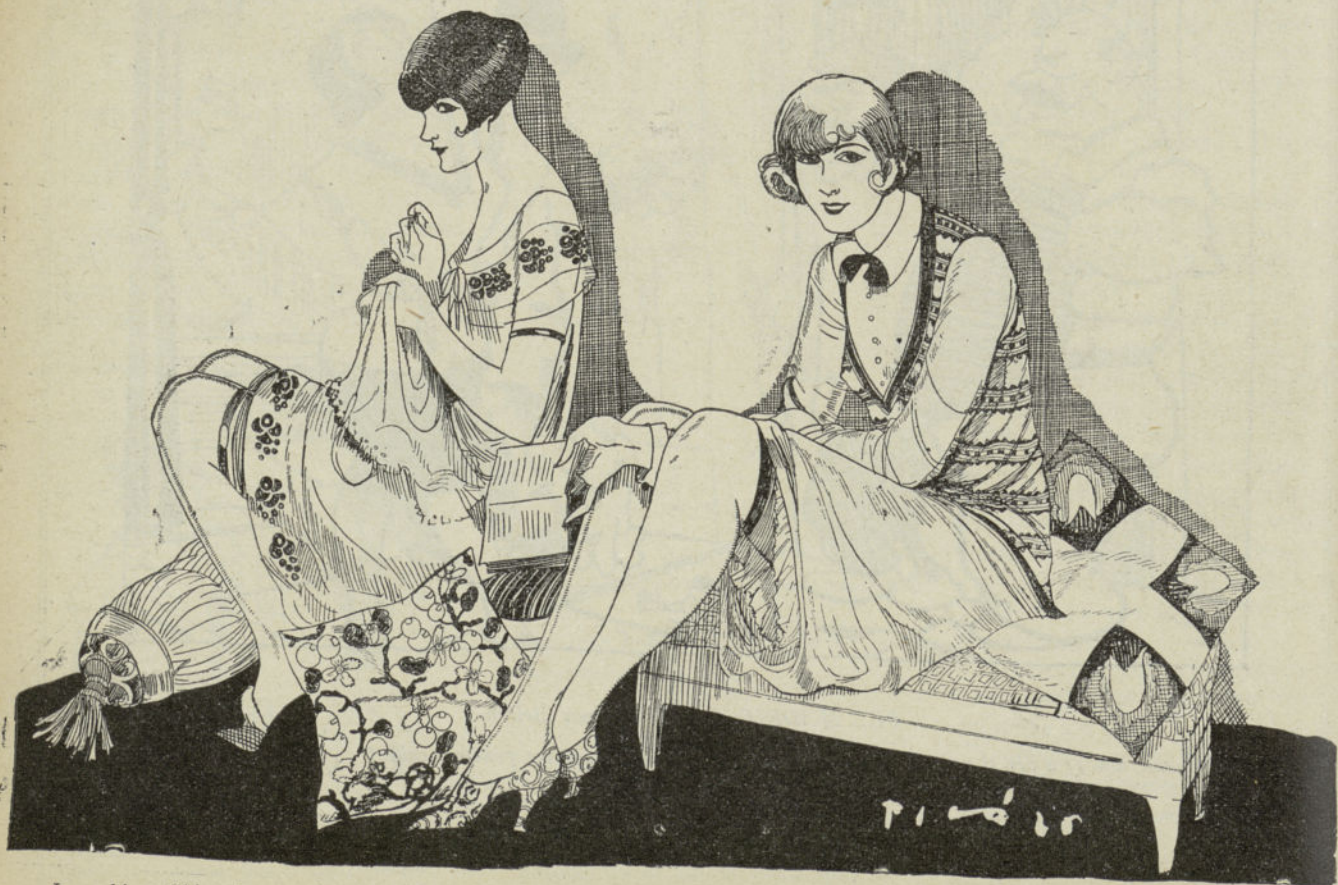
Ayer, cuando más engolfados estábamos en nuestro trabajo, hizo irrupción en la sala de redacción un muchachote alto, recio, fornudo, bramando como un sobrero.

—¿Qué desea usted?—le preguntamos un poco cohibidos al ver su gesto y al ver una estaca tamaño que llevaba en la mano derecha.

—¿Está el señor Incórdiez?

—No, señor; ¿qué le quería usted?

—Hacerle sémola, nada más...



La rubia.—Chica, he pasado tan mala noche, que he estado a un dedo de la desesperación.
La morena.—Pues yo no he llegado al ded

Biblioteca Regional de Madrid.

Dib. de Picó.

—¡Caramba! Un poco deleznable es eso.

—Pues aún es obeso para lo que me ha hecho a mí.

—¿Se puede saber...?—insinuamos sin perder de vista el pinar que agitaba en su diestra, nerviosamente.

—Sí, señor—rugió el interfecto—. Yo soy el marido de Pepita.

—¡Por muchos años!

—Gracias. Y vengo a buscar a ese tío cerdo, porque a mí ningún mal nacido me toma la cabellera.

—¿Pues qué le ha hecho?

—¡Casi nada! Regalarme esto el día de mi boda, y esto lo va a emplear él para su uso particular y el de sus amigos, porque a mí no me toma la melena ningún calvo. ¡Ironías a mí, no!

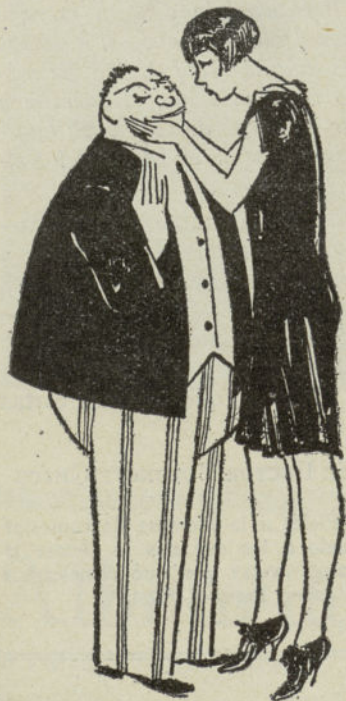
Y con un gesto nervioso puso sobre la mesa un voluminoso paquete, envuelto en papel de seda.

Intrigados, descubrimos el lío. Ante nuestros ojos se manifestaba un tamaño tarro de cristal de sus dos corridos kilos, en cuyo interior se manifestaba también una masa blanquecina bien repleta.

En mitad del tarro, una gran etiqueta con recias letras de carácter rojo, que decía:

“¡Baselina boricada! ¡Uso externo!

UN GATO DE LA CORTE



Herreros 26

EL MARIDO.—¡Esas caricias! ¡De seguro que quieres pedirme algo!

—Para mí, nada; te lo juro. Únicamente para mi modista...

Dib. de Herreros.

De todo un poco

Actualidad frívola

Poco o nada han variado los carteles de nuestros aburridos cabarets. La escasez de estrellas para estos lugares obliga a las Empresas a retener lo más posible las que puedan contratar, y, a lo sumo, lo que hacen es traspasárselas.

En el Pelikan todo está igual. La Práxedes sigue siendo la atracción sugestiva del local, en unión de las “majas de rumbo”.

Se inauguró *Ciro's*, con un programa esperantista que no hay forma de aprenderse ni condenados al ayuno. Las hermanas Isaeff y Paulita Kinim son dos de las atracciones, muy aplaudidas por cierto. También brilla como primera constelación *Katia Lapouchina*. ¡Y si viesen ustedes lo que gusta al público *La... pouchina!*

En el *Ideal Room* las únicas novedades son *Aurora Sanz*, muy mona, y *Carmen Chinchilla*, que es una chinchilla como para sustituirla por todas las que nos han atormentado estas noches veraniegas.

En *Eldorado* se activan los preparativos para la nueva y prometedora temporada. Seguramente que cuando este número salga a la calle la inauguración habrá sido un hecho y que las dos obristas en ensayo de los maestros *Bertrán Reyna* y *Torca* habrán alcanzado el éxito indiscutible que éstos dos ases de la música frívola merecen.

En el teatro *Romea* se han presentado unas cuantas muchachas guapas que es un dolor, entre ellas *Colombina*, una cancionista joven y linda, y *Julita Castillo*, a la cual debían anunciar con el remoquete de “*El espanto de guapa*”. También debutó *Lepe*, que alcanzó el éxito de siempre.

A *Conchita Dorado* no la hemos querido ver actuar. Mientras no vendan bozales en el vestíbulo, no nos atrevemos a contemplarla. Lo confesamos ingenuamente.

Se anuncia la reaparición de *Carmen Flores*, reaparición que se espera con sumo interés.

También se anuncia el debut de la compañía de *sketchs* que dirige *Pepe Moncayo*... Esto ya no nos interesa tanto. Entre un cuadrado de éstos para ver mascullar al gracioso actor y ver una soberana mujer como la *Dorado*, etcétera, nos quedamos con ésta (con su permiso), por aquello de que mientras haya mujeres hermosas habrá poesía...

Notas del balón

El segundo partido de campeonato regional *Madrid-Gimnástica*, celebrado ante dos docenas de espectadores (¡oh, las cuarenta vueltas!), acabó para la veterana *Sociedad* como el rosario de la aurora.



—*Anda, tonta, que conmigo no te pasará nada.*

—*Pues vaya un porvenir que me ofrece.*

Dib. de Demetrio.

así, como el que no quiere hacer mucha pupa, y de los seis, cuatro correspondieron al ex equipier de la *Gimnástica Luis Uribe*. ¡Oh, el ensañamiento con los que hasta ayer fueron sus compañeros aspirantes a ser campeones! Claro que es lo que se habrá dicho *Uribe*: “¿Cuándo he *mojado* yo cuatro veces seguidas al lado de *Seve*? ¡Nunca! En cambio, aquí hay cartel.”

Muy bien *Quesada*. Esta vez, ante los gimnastas tuvo buen cuidado de no dejarles empatar como cuando marras. Por si acaso al final de las cuarenta les hacen las diez de últimas, aunque mucho nos tememos que este año los blanqu negros queden en cola de león... o cabeza de ratón.

También el partido jugado entre los diablillos rojos de *Pardiñas* y los demonios rojiblancos del *Athletic* estuvo a pique de causar sorpresas, sobre todo en el primer tiempo.

En esta primera parte los unionistas, con una codicia digna continuación de su anterior encuentro, trajeron de cabeza a los subcampeones de España, y aun se permitieron el lujo de meterles un tanto muy vistoso.

Pero luego..., luego el *Unión* se acabó. Aquel *tren* fantástico del primer tiempo acabó con el equipo y ya no se jugó más que como quiso el *Athletic*, que marcó tres tantos—uno precioso de *Olaso*, de un *córner*—, y más que hubiera podido marcar, de no asomar a última hora la clásica *mandanga*.

Muy bien *Quico Marín*—el mejor—, *Luis Olaso*, su hermano, en la segunda parte, y *Cosme* en los medios. Por la *Unión*, *Juan Antonio el Zurdo* y *Lozano*. Al árbitro no le vimos por parte alguna.

La entrada, buena, y la *leña*, en abundancia.

Grafología moderna

(En esta sección contestaremos únicamente a los que nos salga del esófago.)

LOLITA.—Por los rasgos de su interesante misiva no nos ha sido posible averiguar hasta qué grado es usted apasionada como pretende saber; pero si tiene usted el rasgo de dedicarnos un retrato abrochándose una liga, y tiene usted además el doble rasgo de traerlo en persona a esta Redacción (cuando no esté nuestro director), estamos seguros de dejarla altamente complacida en sus deseos.

SANSÓN.—Logroño. — Nuestro juicio es clarísimo y parco. Nos ha parecido usted bastante bestia, sobre todo cuando escribe usted "debelidaz"...

"UNA NIÑA BIEN".—Madrid.— ¡Bien, niña, bien! Su confesión nos halaga, y por ella, sin necesidad de examinar su escritura, sacamos la plena convicción que es usted sus partículas gallinácea. ¡A confesión de parte!... Y como usted en parte confiesa que entretiene a dos pollos pera a un tiempo, y hay otro pollo pera que la entretiene a usted, deducimos que es usted una demente por esa clase de fruta. ¡Buen provecho!

UN MARIDO CELOSO.—Su diagnóstico grafológico es más claro que las obleas de queso que dan de postre en los cafés. Es usted propenso a la lidia. Resignación...

IRENE BELLO.—Coruña.—Carácter violento; ansiosa hasta no de-

járselo de sobra; envidiosa de la dicha que se gozan sus amigas y más de la dicha que se gozan sus amigos; nos tememos que se morirá usted revolcándose en los muebles blandos.

BACHILLER.—Del examen de su escritura no deducimos más que un suspenso en caligrafía. ¡Rediós, qué bachiller más burro escribiendo!

FRINÉ.—Madrid.—Es usted una continuación de su antecesora...

SERAFINÍN.—Oviedo.—¡Soo indecente! ¡Es usted... un imitador de estrellas sin rabo!

ELOÍSA.—Cáceres. — Ruborosa, amorosa, preciosa, cariñosa... y todas las voces preciosas terminadas en osa que encierre el diccionario de la rima. ¡Ansiosa!...

LILÍ.—Su misiva nos sugiere un consejo que le hemos robado de la cartera a nuestro sapientísimo compañero Díaz Antón: ¡No se case usted, por lo que más quiera en el mundo! De hacerlo, estamos seguros de que su pobre esposo andaría por las rúas con el sombrero de tal forma, que sus amigos iban a creerse que lo llevaba colgado de una esquina...

MUSTAFÁ.—Melilla. — Aunque pretende usted vigorizar su nombre, disfrazándolo con un nombre del martirologio moro, a nosotros no nos la diña usted. Usted, de moro, no tiene más que el derecho a ocupar un cargo de confianza guardando moras en el harén del Sultán...

PEFE EL CASTIZO.—Madrid.— Nanay de la tostay de la veri vay, ¡y achanta, que vas por suela! (I).

Nos quedan veinte cartas más por contestar; pero nos reservamos las veinte porque tenemos cartas de sobra.

EL DOCTOR VORONOFF CHICO

(I) Fieles a la promesa de contestar en camelo a los que nos lo dictase la real gana, ¡velay por qué cameleamos con el señor Pepe el Castizo!



SE PROGRESA, por Bellón.

—¿Tú eres de esas que bailan "La canastera"?

—Sí, pero la he dejado de bailar porque me han dado muchos disgustos los hombres.

Biblioteca Regional de Madrid

Estamos decididos a que nuestro número Almanaque sea "El asombro de Damasco", "El pasmo de Sicilia" y "La desmembración de Rodríguez".



Album de belleza Margaret Morris, la más célebre nadadora californiana, da conferencias por radio acerca de la cultura física. Cuando la bellísima Margaret esté diciendo ante el micrófono: «¡Oigan con atención; ahora tengo los brazos abiertos!»... no faltará un admirador de la estupenda que sin poderse contener grite: «¡Ahora voy!» Vuestro hasta la galena,

INCORDIEZ



UNA DONCELLA "BIEN", por Picó.

—Tengo veinticinco años, y todavía estoy de doncella.
¿Pero cuándo se va a acabar ésto? Mejor dicho: ¿cuándo
se va a empezar?